

dades de San Miguel, de Granada y de Leon, y en las demas Villas, Pueblos y Lugares de aquel dilatado Reyno: y aunque muchos de sus Vecinos se salian fugitivos al oír que venían á ellas los Misioneros, porque acusados de sus conciencias, temian que en sus manos venia la ira de Dios á castigar sus gravísimos pecados; pero sabiendo la lenidad y blandura con que, como su Maestro Jesuchristo, recibian á los mas famosos pecadores, volvian ansiosos á buscar el remedio de sus almas en la prudencia, caridad y paciencia con que les oían; y desenredando sus perturbadas conciencias, los absolvian de sus enormísimas culpas.

Era tanta la eficacia con que predicaban contra los vicios, y especialmente el brutal desenfreno de la embriaguez, que dominaba en los Pueblos de la Costa y Sierra áspera, que conociendo ser este del que el Demonio se valia para hacerles cometer otros gravísimos pecados, lo llegaron á abominar hasta cortar los árboles de que componian sus brebages, porque diciéndoles los Padres que se convertian en vívoras y gusanos que les roían las almas, para que en la comparacion material entendieran el daño espiritual que les hacian, vieron con terror y asombro, que al descubrir las vasijas de la Chicha habia en ellas venenosas vívoras y asquerosos gusanos: pero no es extraño que la inspiracion divina sea intérprete de la divina palabra; y así, la abrazaban con tanto aprecio, que despues de treinta años, quando se confesaban aquellos Indios, si el Confesor les examinaba sobre algunas cosas, respondian: que desde que los Padres Santos, así llamaban á los Misioneros, vinieron, no habían vuelto

á hacer aquellos pecados. Ese mismo divino impulso se vió en la Iglesia del Pueblo de Moyuta, pues entrando los Padres tembló fuertemente la tierra, sin que temblara fuera de ella, lo que les excitó á decir: que en aquella Iglesia adoraban los Indios al Demonio; y fue así, que aterrificados los Idólatras, y viéndose descubiertos, manifestaron los idólos que debaxo de la Lámpara tenian formados en unos pergaminos, que al punto fueron quemados: lo mismo hicieron en otras muchas partes, dando al fuego todos los instrumentos de supersticion y hechizerias con que el Demonio les tenia alucinados; y dexando en todas las Iglesias de los Pueblos erigida y recomendada la Via-Sacra, y en todas las familias establecida la devocion del santo Rosario, y la de cantar el Alabado, que despues se ha extendido hasta los confines de todo este Reyno, los dexaban confiados para defenderse de las astucias y malos artes del comun Enemigo, y de todos sus enredos.

Con el mismo feliz suceso giraban los dos Ministros del Altísimo aquellas fragosas tierras é incultas gentes, hasta las Provincias de Honduras, Nicoya, Nicaragua y Costa-Rica; y siendo los prodigiosos frutos que en ellas hicieron dignos de eterna memoria, con ningún testimonio mas calificado se pueden insinuar, que con el informe que de ellos hizo un digno Obispo á su Soberano, diciendo: «Fr. Melchor Lopez de Jesus, y Fr. Antonio Margil llegaron á este Obispado de Nicaragua, continuando su ardiente zelo la conversion de las almas; y habiendo publicado y propuesto la Mision, la executaron con tanta asistencia de la divina luz, que duran sus admira-

bles efectos hasta el dia de hoy. Con su asistencia, predicacion y exemplo, se han desterrado en los Indios Convertidos y Tributarios muchos abusos, extirpando multiplicados errores, y se ha afianzado en estos la Fe Católica con demostraciones de gran consuelo, siéndolo para mí incomparable, en las experiencias con que toco su firmeza. Y examinándolos en algunos puntos para descubrir su solidez, me responden: Esto nos dexaron enseñado los Padres de la bendita Mision. Y si en algunos Pueblos experimenté el menor descuido, solo con proponerles yo la mas leve insinuacion de la doctrina

que predicaron, y convidarlos á aquellos mas suaves exercicios en que los impusieron, se enfervorizan tanto, que se restituyen á sus principios gustosos. Los Españoles, Mestizos y Mulatos se reformaron mucho en las costumbres; por cuya causa me ha sido suave la dilatada peregrinacion en mis visitas, debiéndoles á estos buenos Obreros la mayor parte de mi espiritual alivio, y desempeño de mi Pastoral encargo. Fragmentos de oro son estos, que valen tanto para la verdad de la Historia, que no se pueden compensar sino en los mismos términos de aprecio que le dá tan ilustre testimonio.

CAPÍTULO VI.

Entran los Venerables Padres á la Talamanca, y los peligros de que el Señor libertó sus vidas.

LEY de humanidad era, que estando ya los Venerables Padres en Costa-Rica, y despues de un círculo tan dilatado como penoso de tantas Provincias como habían evangelizado, y cuya fatiga les tenia macilentos del perpetuo ayuno, rendidos de los accidentes, y mal abrigados de unos remendados hábitos, se retiraran á algun piadoso albergue donde descansar de tan duros quebrantos, y recobrar las fuerzas corporales para la prosecucion de sus apostólicas tareas: pero eran luminosos Astros que puso Dios para dilatar su Reyno, alumbrando en su Iglesia como los del Cielo; y como el movimiento propio y natural de estos, es el que sus orbes hacen de Poniente á Levante, sin poder parar su fogosa carrera, tampoco ellos podian suspender el superior impulso que in-

teriormente los movia para predicar el Evangelio á toda criatura; por lo que teniendo á la vista las inaccesibles montañas de Talamanca, cuyos antiguos moradores habían apostatado de la santa Fe, y los actuales estaban persuadidos del Demonio á que si admitian en sus tierras á los Españoles, les habían de sujetar con las armas al castigo, al trabajo y á los tributos, esclavizando á sus Mujeres y á sus Hijos; no obstante tan fuertes obstáculos, en la oracion se confirmaban mas en los designios de iluminar tan dehas tinieblas, y sacar de las de la Gentilidad tan numerosas y bárbaras naciones. Estimulaba tan zeloso proyecto la docilidad de algunos Infieles Talamancas, que por la cercania baxaban á Costa-Rica, y tratando con los Indios Christianos de ella, estaban

noticiosos de los bienes que consigo trae el santo Bautismo; y movidos de divina inspiracion, les salian á los Padres en los caminos pidiéndoles los bautizaran; pero se consolaban los Misioneros solo con acariciarlos, y prometerles que luego entrarían á sus tierras, y formando Pueblos los instruirían en la Ley de Dios y en los divinos Misterios, y les darian el santo Bautismo: pero deseándolo mas que ellos, se resolvieron á tan ardua como importante empresa, y sin mas viático que el de la divina Providencia, sin mas armas, compañías ni equipages que la caja del Ornamento y Santo Christo, emprendieron su camino por cuestras, espinas y precipicios; pero los mas inminentes peligros les parecían nada quando encontraban en las chozas, ó les traían al camino algunos párvulos en peligro de perder la vida, que bautizándoles veían logradas aquellas inocentes almas.

Con estos felices principios, penetraron intrépidos hasta el centro de la Talamanca, donde congregados los Indios mas principales, oyeron atentos la embaxada y el fin de la visita de los Misioneros; porque exáltado el Santo Christo, les anunciaron que iban enviados del Señor, que representaba aquella Imagen, á destruir los engaños con que les tiranizaban los Demonios, para que por el santo Bautismo se hicieran hijos de Dios y herederos de su Reyno. Absortos quedaron al tener á su vista aquellos dos hombres, con las mismas facciones y hábitos que un año antes les habian dicho los Demonios, desde sus ídolos, que iban á hacerles Christianos: y como ya les tenían obstinados en no admitir en sus tierras á los Españoles, y persuadidos á que con las ar-

mas les habian de sujetar al trabajo, al castigo y al tributo, esclavizando tambien á sus Mugerres y sus Hijos; juzgaron que eran espías de los Españoles, disimuladas en sus andrajos para introducirles. Pero viendo los Ministros de Dios sus vanos temores, para desvanecerlos los desengañaban; mas sus palabras no eran suyas, sino que se les daban en aquella hora, porque el espíritu de su Padre, que está en el Cielo, hablaba por ellos; y á la eficacia de la divina palabra, se descubrieron las diabólicas astucias, y se convencieron de la verdad de sus razones; por lo que, despues de largas conferencias, confesaron ser santa la Ley que les predicaban, y que deseaban y les pedian, que para libertarse de la tiranía del Demonio, les hicieran hijos de Dios con el santo Bautismo.

Para que tan alto fin se lograra por los mas oportunos principios, proyectaron los Padres con los Indios, el que segun sus parcialidades y familias, se estableciesen en Pueblos separados, y á tal distancia, que pudieran ser instruidos, y proveer á la subsistencia de todos: por lo que, dexados los cerros en que tenían sus palenques, se congregaron en aquellos Valles, y establecieron once Pueblos, cada uno con su Iglesia fabricada de xaras y troncos, y adornados sus Altares con florones de variedad de plumas y esteras muy bien texidas; y atendiendo á su decencia, le dicen en un Informe al Señor Presidente de Guatemala: «Nosotros, por la misericordia del Señor, no necesitamos de cosa alguna, con los hábitos que salimos del Colegio hemos de volver á él: en quanto á la comida no hay mas que plátanos, yucas y otras frutas cortas, algun poco de maiz y

de Cacao; pero para las Iglesias son necesarias hechuras de los Titulares, y Ornamentos segun los Ministros que hubieren de entrar:» Porque ellos no tenían mas que uno, que siempre llevaban consigo, por no tener otro consuelo en sus trabajos que el de celebrar el santo sacrificio; y para hacerlo con la decencia que podian, conservaban unas sandalias para ir al Altar, andando todos los caminos enteramente descalzos.

Era este continuo movimiento tan conducente á su ministerio, como lo es el annuo y menstuo con que los Astros giran al rededor del Sol, para el justo reglamento de las cosas pertenecientes al culto, y á las del gobierno político; pues en semejante modo corrian diariamente de Pueblo en Pueblo, iluminándolos todos con la luz de la doctrina y el calor del exemplo, ya catequizando á unos, ya bautizando á otros, ya imponiendo á los Neófitos en la disciplina de la Iglesia para recibir dignamente los santos Sacramentos; y al mismo tiempo trabajando personalmente en sus labores, componiendo sus disensiones, curando sus enfermos, y enseñando el idioma Español á los niños para aprender los de ellos. No se sabe por quanto tiempo lograron aquellos Operarios evangélicos los felices dias de ver el efecto de sus trabajos, pero sí el que su espiritual gozo se mezcló con graves dolores, y los extremos de su alegría los mortificaron otras gravísimas penas.

Muchos bárbaros de aquellas montañas, instigados del Demonio, llevaron á mal la docilidad de los congregados y la exterminacion de sus ídolos, y resolvieron acabar con los Misioneros; pero aunque se valieron de dolosas astucias, no podian

conseguirlo; y para desfogar en algo su rabiosa barbarie, le pusieron fuego á la Iglesia de San Miguel, y se retiraron á sus palenques. Los Venerables Padres, llenos de dolor por el arrojo que denotaba su obstinada perdicion, se resolvieron á ir en su busca por si así pudieran reducirles; pero apenas les vieron, salieron á recibirles armados de flechas y otras armas ofensivas, y dando sobre ellos, les descargaban violentísimos golpes, y con tal sevicia, que qualquiera de ellos podia echarles por tierra: pero fue visible la divina Providencia, que impedía la fuerza de sus impulsos, y solo el ayre los desvanecia como ráfagas de un torbellino, ó de un espeso humo; y fue lo mas admirable, que llevando los Padres el Santo Christo por escudo, an él dieron un fuerte golpe sin hacerle mella, y así cubria á sus Ministros, que no recibieron herida alguna. Estos prodigios los observaron los Indios reducidos, y su admiracion les hacia decir: Dios es quien libra á estos hombres de riesgos tan manifiestos, y les conserva las vidas.

Pero los Bárbaros, mas enfurecidos por la constancia é intrepidez de los Misioneros, ya que no podian matarlos, se empeñaron en arrojarles á empellones de sus tierras, por lo que determinaron los Padres retirarse por entónces, reservando su zelo para ocasion mas oportuna; y para darles á entender que era indigna aquella tierra de recibir la semilla evangélica, que es la palabra divina, espacieron una poca por el ayre, y al observar lo una India, tomaba de ella con ambas manos, y se la arrojaba con execrables injurias; ausentándose los Ministros de Dios de aquellos infelices Idólatras, hasta que el Señor

los llamara al gremio de su santa Iglesia.

De otro mas ilustre prodigio hay fidedignos testimonios, en el qual preservó el Señor de una muerte impia sus importantes vidas. Predicando á aquella Gentilidad, apresaron los Idólatras á los Venerables Padres, y poniéndolos desnudos de sus hábitos, los amarraron á un palo, y formando al rededor un cerco de madera y brozas, le pusieron fuego para que murieran allí abrasados, y cebándolo por veinte y quatro horas, no pudieron conseguirlo, porque salieron de aquella hoguera sin lesion alguna. Pero no es nuevo, desde que Nabucodonosor vió quatro Manebos bendiciendo al Señor en medio del fuego, no siendo mas que tres los que habia mandado arrojar en el horno, y que la especie ó figura del quarto era semejante al Hijo de Dios, el que este soberano Señor temple el ardor de las llamas, á que por su amor son condenados sus Siervos, y los recree en medio de ellas como compañero, amigo y familiar suyo.

Con tan singular proteccion solo pudieron salir con vida en otro inhumano y cruel peligro. Andando sus correrias apostólicas en caminos muchas veces fragosos, intrincados y llenos de malezas, vinieron á dar en unas Rancherías de Indios, que incitados del Demonio, dieron á su bárbara sevicia un nugeo realce de inhumanidad tiránica; y llevándolos á lo mas espeso de las breñas, les mandaron ponerse de rodillas para cortarles las cabezas: obedecieron al punto los Venerables Padres, con tanta humildad como gozo, viendo tan cercano el logro de sus mas suspirados deseos; pero no tuvieron aquellos impios licencia de Dios para tocar en sus

Christos; y pasmados en su malicia, les dexaron en tan penosa postura tres dias con sus noches, sin comer ni beber cosa alguna, y solo iban unos á sus chozas, y venian otros á verles, sin determinarse á nada: en estos intervalos, el Padre Fr. Antonio, viéndose desfallecer de sed y de hambre, le propuso al Padre Fr. Melchor si le parecia conveniente el levantarse, mientras los Indios se retiraban, á comer algunas yerbas para conservar las vidas, y no concurrir por omision suya á su muerte propia. Mas el Venerable Anciano, siempre inclinado á lo mas rígido, dixo: que en aquellas circunstancias, debian estar con total resignacion á la voluntad divina, ó ya si les permitia á los Indios que les quitaran la vida con el hierro, ó ya con el hambre y la sed. Toda la eficacia de esta razon estribaba en que los Venerables Padres alternaban por semanas el darse uno al otro la obediencia como legítimo Superior, y en esta ocasion debia de mandar el Padre Fr. Melchor, pues si no, hubiera ciegamente abrazado la propuesta, segun lo executaba en las que le tocaba obedecer: pero dispuso la Providencia divina que mudaran los Indios la intencion de martirizar, y les tiraron algunos plátanos, mandándoles que se levantaran, comieran y bebieran; y al punto les arrojaron de sus tierras, intimidándoles que de ningun modo admitirian la Ley y demas cosas que les predicaban; por lo que, arreglados al Evangelio, se fueron en busca de otras naciones que fueran, ó mas dóciles para recibirlo, ó mas executivas en darles la corona del martirio, á que se dirigian todos sus pasos y deseos.

De otros muchos peligros salvó sus vidas la divina Providencia,

pues en varias ocasiones les dieron en la comida mortíferos venenos, y al ver que no hacian efecto, admirados los Intérpretes, les decian: Padres, los Indios dicen si sois Dioses, porque os han dado veneno en la comida y no os morís. Por fin, la instancia del

zelo que interiormente urgía á los Venerables Padres, les estimuló á penetrar mas la Talamanca; y hallando Rancherías mas humanas, lo emplearon con fruto; y catequizaron, bautizaron y casaron considerable número de ellos.

CAPITULO VII.

Entran los Venerables Padres á los Terrabas, y logran la paz con los Talamancas; y otras maravillosas conversiones.

SI todo el que lidia como Athleta, de todas las cosas se abstiene por conservar mayor vigor y fuerzas en la contienda; precursora fue de mayores trabajos y mas difíciles empresas la cruel y forzosa inedia que sufrieron por tres dias enteros los Venerables Campeones de Jesuchristo, pues de su penosa debilidad les dimanó nueva fortaleza en el espíritu, é increíble valor en el ánimo para emprender mas difíciles y trabajosas conquistas, sin que les amedrentase el saber que las naciones á que se dirigian eran las mas bravas é indómitas de todas las que habitaban aquellas asperísimas sierras. Tales eran los Terrabas, que hacian viva y cruel guerra á todas las demas naciones circunvecinas, no consintiendo que los quisiesen avasallar; y por eso si algun Español caía en sus manos, le quitaban la vida con cruellísimos tormentos, por lo que la guerra que tenian con los Talamancas era el mayor impedimento para la propagacion de la Fe y establecimiento de la Iglesia en todas aquellas dilatadas montañas; y así, se resolvieron á emprender la conquista de tan feroces bárbaros y cancheros lobos, entrando entre ellos como man-

dos Corderos. Para el logro de sus apostólicos designios, les fue necesario caminar por dilatados y penosos rodeos, bajando á la frontera de Costa-Rica, en donde tenian su Pueblo los Indios Borucas, que aunque habia mucho tiempo que eran Christianos, estando á su libertad y sin Ministros, estaban inficionados de muchos errores, supersticiones y vicios, y fue necesario instruirles de nuevo y bautizar á muchos, logrando en estos ministerios el tiempo necesario mientras volvian los mensajeros que enviaron á los Terrabas, avisándoles su su entrada, y convidándoles para una pacífica conferencia.

Para proporcionar mas sus deliberados intentos, entraron á la nacion de los Terrabas, Indios dotados de natural docilidad y dulzura de genio, con las que en breve fueron instruidos en los rudimentos christianos, y fabricaron su Iglesia para las funciones del culto y recepcion de los Sacramentos: Y siendo este el parage destinado en que habian de conferenciar con los principales Gefes de los Terrabas el fin y designios con que venian á sus tierras, efectivamente llegaron allí siete de ellos, faltando solo uno que no quiso admitir la em-

bajada, antes muy opuesto al concurso, por saber que los Padres querian hacerles Christianos, protestó á sus ídolos, con furor diabólico, quitarles las vidas, antes que consentir que entraran á sus tierras, aunque todos los demas se interesaran en su defensa; con lo que, intimidados los otros, se empeñaron en persuadirles que desistieran de sus intentos, y no se pusieran á la vista de tan enfurecido tigre, que con sus parciales bramaba de ira, y executarian en ellos una cruel carniceria: pero como esto era encender mas los deseos con que aquellos generosos Athletas de Christo aspiraban á la inmarcesible corona del martirio, les decian: á esos crueles enemigos son los que buscamos, y á ellos nos habeis de llevar primero. Así fue, que llegaron á la Ranchería de aquel Capitan enfurecido, y puestos los Padres á su vista, él y todos sus aliados, que estaban prevenidos de lanzas, flechas y otras armas para quitarles las vidas, sobrecogidos de un pavor intusitado á su sanguinario genio, las rindieron á los pies de los evangélicos Ministros, y obsequiosos les ofrecian tablillas de chocolate, platanos, y otros silvestres regalos, y les traían todos sus enfermos para que les bendixesen y pusiesen sobre ellos sus manos, quien sabe si movidos de algun extraordinario impulso.

Veían los Misioneros en tan inopinados sucesos, literalmente cumplido el vaticinio de que «temerán al Señor sus adversarios, y les amedrentará desde su Cielo: que el Señor juzgará hasta los fines de la tierra, y dará el imperio de ella á su Rey, y sublimará la suprema potencia de su Christo:» y como en él se anuncia la dilatacion de la Iglesia y el estable imperio de Christo, á que

aquellos Gentiles bárbaros y remotos de la Fe eran traídos y subyugados, bendecian al mismo Señor, y le daban gracias por una mutacion tan prodigiosa, que solo podia ser de su poderosa diestra: y transformada la que se temia sangrienta, en amorosa visita, les citaron, para que juntos todos el siguiente día, supieran el fin con que iban á buscarles en sus tierras. A la novedad fue muchísimo el concurso, y formando el congreso en un gran círculo, se puso en el medio una corpulenta India sentada en un banco, como la Profetisa de Delfos en su trípode, en el que, como si fuera Intérprete de la Deidad, respondia á las consultas, pues los Idólatras Terrabas la tenian por su Sacerdotisa, y la miraban con atenciones de Madre y respetos de Maestra, creyendo que ella todo lo sabia: en esta fe, todos se comprometieron en que ella sola hablara y respondiera por todos. Oía la India con mucha atencion el razonamiento de los Padres, y sobre él iba proponiendo sus reparos, haciendo sus réplicas y formando sus dudas; y esto con tal ayre y despejo, que sus sofismas y falacias parecian razones, y argumentos sus errores; pero solo eran densas sombras, que la luz de la verdad eterna iba suavemente disipando, y á influxos de la gracia, iluminando aquel rústico entendimiento; pues fuera inaccesible empresa querer reducir por razones ni discursos á la que tenia por ciencia la ilusion y astucia diabólica, sin dar crédito mas que á sus torpes sentidos.

La misma divina luz que ilustró su entendimiento inflamó tambien su voluntad; y convencida á recibir la divina Ley, solo le impedia el ejecutarlo el amor propio, siendo para

ella imposible el haber de confesar á sus Compatriotas que habia vivido engañada, y sido su engañadora con sus falsas doctrinas; pero animada con las de los Padres, se resolvió á ser Predicadora de la verdad, la que habia sido Maestra del error; y declarando con ingenua lisura á los suyos todos sus delirios y perniciosos dogmas, les persuadió con eficacia, á que á su exemplo abrazaran los verdaderos de la Fe y evangélica verdad. No sabian ni podian ellos replicar á la que veneraban como Sacerdotisa y Maestra, y obrando en sus entendimientos la divina claridad é inspiracion del Espíritu Santo, volvieron en sí asombrados, como pudieran de un letargo, é igualmente que su directora convencidos, preguntaban á los Padres: ¿qué harémos para salvarnos? Lo primero, les decian, es arrojar al fuego todos los ídolos y destruir sus adoratorios, lo que se executó con admirable eficacia, pues los mismos y mas principales se encargaron de recogerlos en un lugar; y dispuesta por los Padres una Procesion de penitencia, en que cada uno llevaba una Cruz en el hombro y un leño en la mano, con los de todos se formó una hoguera, en que se vió el primer Auto de la Fe, executado por los mismos reos, y en que fueron arrojados todos aquellos fingidos dioses, cesando todo el culto y ciegas adoraciones, con la irrision de verlos hechos ceniza.

Con tan feliz principio prosiguieron los zelosos Ministros su catequismo, y les fueron disponiendo para que fervorosos desearan y pidieran el santo Bautismo, con el que les abrieron la puerta para la recepcion de los demas santos Sacramentos. Eran dos las parcialidades de Terra-

bas que allí tenian fixada su habitacion, y ambas fabricaron su Iglesia: la mayor, dedicada al Apóstol San Andrés, fue en la que se bautizó la India Sacerdotisa; y como la luz de la gracia habia prevenido su entendimiento para conocer la verdad, la del Bautismo inflamó su voluntad para el fervor de la devocion; y habiéndosele dado el nombre de Andrea, voluntariamente se ofreció á ser Sacristana, y cuidar de su mayor devocion.

Justificados por la Fe, y hechas las paces con Dios por nuestro Señor Jesuchristo, era preciso que aquellos nuevos Christianos se reconciliaran é hicieran amigos de los Neófitos, que ya estaban unidos con ellos por el santo Bautismo. Este fue el importante designio que los Venerables Padres llevaron á los Terrabas, deseosos de ajustar las paces con los Talamancas, y afianzar con ellos la conservacion de la Fe en ambas naciones, y el establecimiento de sus Iglesias; el que admitido por los primeros, era forzoso que se confirmara por los segundos, de cuya negociacion se encargó el V. P. Fr. Antonio; pero era indispensable paso para entrar en la Talamanca, el de los palenques en que vivian aquellos impíos, que despues de haber quemado la Iglesia de San Miguel, y yendo los Padres á pacificarlos, atentarón quitarles á palos las vidas: y como la Iglesia se habia reedificado entonces, por mas que quisieron impedirlo, era de temer ahora su obstinado rencor y bárbaro arrojó; pero parece que todo lo previnieron los Padres antes de salir de la Talamanca, pues les enviaron un oficioso recado, en que les prometian que volviendo, irian á besarles los pies, en señal de su buen afecto y hu-

milde rendimiento. Luego que el V. P. Fr. Antonio se puso á su vista lo verificó, y se tiró á sus pies para besárselos; pero ellos confundidos no lo permitieron, y solo se disculpaban de sus pasados excesos con decir: que los habian hecho, por estar entendidos que eran espías de los Españoles, que querian hacerles daño; pero que ya estaban desengañados, y les pe-

dian perdon de todo. Con este favorable recibimiento, facilmente entabló el Padre los tratados, y se ajustaron las paces entre ambas naciones, con regocijo de todas, y no menor consuelo de aquellos Neófitos, viendo otra vez en sus tierras á los que amaban como Padres, que los habian engendrado en Jesuchristo por el Evangelio.

CAPÍTULO VIII.

Son llamados los Venerables Padres para el Colegio, y el Señor los conduce á Vera-Paz, en cuyos Pueblos descubren la idolatria de muchos Christianos.

LA enormísima distancia que media entre México y el centro de la Talamanca, era causa de que los Prelados ignoraran las importantísimas tareas de un perfecto Apostolado, en que los Venerables Padres estaban cultivando la Viña de su Señor, y ampliando los Dominios de su Soberano: por eso en el Agosto del año de noventa del siglo pasado de seiscientos, recibieron carta del Guardian del Colegio, en que con instancia, y por órden del M. R. P. Comisario General, les llamaba para él, por la inopia de Religiosos, para sostener en este Reyno el Instituto Apostólico; pero al mismo tiempo tuvieron carta del M. R. P. ex-Comisario General Luzuriaga, que les habia llevado á Campeche y dexado en Tabasco, para misionar entre Infieles, en que les decia: que sabiendo él quan necesaria era su residencia en las reducciones que habian conquistado y seguian convirtiendo, se lo habia informado al actual Prelado, por lo qual revocaba la dicha obediencia: lo

que fue sin duda providencia divina; pues, como los Padres escribieron, quedaban aquellas naciones con su salida, unas informes, y otras en sus tinieblas; por lo que siguieron sus trabajos en tan vastas Provincias, teniendo ya erigidas quince Iglesias: el dia que bendixeron la última, y al año cabal de la primera obediencia, recibieron otra del mismo Comisario General que les mandaba retirarse al Seminario.

Al siguiente dia comenzaron como verdaderos obedientes su camino; pero entónces fue quando pudieron decir que aprendieron á obedecer: pues si Jesuchristo, aunque era Hijo de Dios, en los dolores de su Pasión supo lo que era la obediencia, no obstante que no lo ignoraba, ya por su ciencia infusa, ya por la experiencia de lo que habia padecido en los treinta y tres años de su vida, sino porque en ellos, con modo mas exacto, aprendió el dolor, la dificultad y pena que es sujetarse á un precepto duro y arduo con pronto y resigna-

po ánimo: ¿con quanto dolor y mérito abrazarian los Venerables Padres una obediencia que les obligaba á desamparar aquellas pobres ovejas y miserables almas, que con lágrimas y sentidas voces se quexaban de que las dexaran huérfanas y hambrientas del pan de su doctrina? Fue sin duda grande, y traspasó este cuchillo sus corazones tan de lleno, que despues de muchos años, quando se ofrecia hablar con el P. Fr. Antonio de tan tierno despedimento, no permitian sus ojos que se movieran sus labios, porque la energía de sus lágrimas era mas eloqüente que la de sus palabras. Consolaron á sus tiernos y amados hijos con la esperanza de que les asistirian otros Ministros, como efectivamente se los pidieron al Illmó. Señor Obispo de Nicaragua, el que socorrió luego esta falta enviando al P. Fr. Sebastian de las Alas, y al P. Fr. Pablo de Ótaloxa, virtuosos, y de bastante valor para los sumos trabajos que padecieron en tierras tan escabrosas é inhabitables, los que luego les enfermaron tanto, que si no se salieran con brevedad, hubieran muerto.

En cumplimiento de la obediencia baxaron los Venerables Padres al Pueblo de Teotique, que dista mas de seiscientos leguas de México, y desde allí el escribieron al Guardian del Colegio, diciendo: «El consuelo que llevamos es, que por todo lo dicho, no queda nacion Gentil, aunque estábamos para pasar á otras muchas naciones que nos estaban esperando: pero como en todo no deseamos mas que hacer la voluntad de Dios, intimada por V. P., con el mismo consuelo nos volvemos que hubiéramos proseguido con la divina gracia. Vamos sin perder dia; pero no podemos tanto como qui-

siéramos, que sabe la divina Magestrad que quisieramos tener alas para luego echarnos á los pies de V. P.» Indecibles fueron los trabajos que padecieron en tantas leguas de caminos, rios, temporales, hambres, sed y desabrigo, hasta dos de Diciembre que entraron en Guatemala. Luego que el Señor Presidente de la Real Audiencia supo su arribo, les entregó otro nuevo órden del M. R. P. Comisario General, en que revocaba la anterior obediencia, y les daba facultad para proseguir sus apostólicas tareas.

De esta nueva disposicion se valió el Illmó. Señor Obispo para rogarles encarecidamente, y con el estímulo del amor de Dios, que hicieran su derrota por Vera-Paz, para sosegar considerables y muy peligrosas inquietudes que se agitaban en algunos Pueblos de aquellos confines, que se habian sublevado contra el Real servicio, y contra sus Ministros espirituales, á pique de perderse toda la Provincia. Encomendaron los Venerables Padres tan arduo negocio á Dios, y con penosos rodeos siguieron la ruta de Vera-Paz, premiando el Señor sus fatigas con darles tal gracia, aceptación y respeto con todas aquellas gentes rebeldes y bárbaras, hasta en sus idiomas, que atraídas á la razon, se sujetaron á la Ley, y prometieron conducirles á las montañas donde estaban refugiados los reboltosos y fugitivos de los Pueblos. En todas partes eran recibidos con singular veneracion y respeto, por lo que eran admirables los frutos que hacian con las Misiones; y así, los mismos Padres, dándole razon al Guardian del Colegio de su destino, dicen: «Nosotros nos volvemos á nuestra tarea gustosos hácia la Vera-Paz, en cuyo camino nos halla-

«bamos quando fuimos llamados para lo dicho; tan bien ocupados, por la misericordia del Señor, que segun hemos experimentado, nos parece que ahora entra la Fe de nuestro Señor Jesuchristo en estos, que ya desde la Conquista habian recibido el Evangelio. Han sido tantos los ídolos, abusos y gentilidades que se han quemado, que dan á entender que solo el Rey nuestro Señor ha entrado hasta ahora, por lo mayor.

«Este mismo confirmó el Illmó. Señor Don Fr. Pedro de la Concepcion y Urriaga, Obispo de Puerto-Rico, é hijo del Colegio, que acompañó algun tiempo á los Venerables Padres en aquellos países, y dice: que por sus industrias se descubrian las idolatrias de aquellos miserables Christianos que tenian en las cuevas de los montes sus adoratorios, y se quemaban publicamente seis, ocho y nueve cargas de ídolos de piedra, de madera y de otras materias, con otros millares de instrumentos supersticiosos que conservaban de los Indios antiguos, y habian tenido con las mayores cautelas escondidos, debiéndose á la eficacia y predicacion de los Padres el que se descubrieran, y que aquellos Idólatras castigaran sus errores y abominaciones con penitencias públicas, cargados de pesadas Cruces, y mortificados con cilicios y sangrientas disciplinas, siendo el móvil de todo, el temor de Dios que les infundian, y por eso al entrar en los Pueblos tenian ya amontonados los ídolos, y encendidas las hogueras para quemarlos á su vista; y como esto era arrancar la zizaña en el tiempo de la siega, eran en el de las Misiones ópimas y sazonadas las cosechas.

Casi á los cinco meses se regresaron á Guatemala por otro orden

del M. R. P. Comisario General, en que instado de lo mas noble y principal de aquella Nobilísima Ciudad, les mandaba fundasen en ella un Hospicio para abrigo de los Misioneros, lo que conferido con el Señor Presidente y Real Audiencia, y con otros de los Señores, les pareció á todos mas conveniente esperar la Real Cédula de S. M. Católica, que se habia impetrado, para dar mas sólidos fundamentos á sus piadosos deseos. Mucho apreciaron los Padres tan acordada determinacion, por la instancia que su zelo les hacia para proseguir sus apostólicas tareas, en exterminar la idolatria que podia haber quedado en los Pueblos que restaban de misionar en la Provincia de Vera-Paz; y así, le dicen al Prelado del Colegio. «Vamos con todo consuelo fiados en el Señor, que pues se ha dignado de escoger instrumentos tan viles, idiotas y simples, se dignará de hacer toda la costa, por su infinita misericordia, como hasta aquí lo hemos experimentado.

Con el negro tizne de la apostasía andaban prófugos y disfrazados entre los Gentiles los Indios Choles del Manché, y estos fueron el primer objeto de la caridad de los Venerables Padres; y para buscar entre las penosas breñas de sus montañas tan erradas ovejas, captaron la vénia de sus inmediatos Pastores y Doctrineros, que eran los Reverendos Padres Domínicos, y guiados de Indios Fieles, fueron, despreciando peligros y penetrando bosques, hasta avistarse con los Apóstatas, y los Gentiles sus factores. Fueron de ellos tan mal recibidos, que tuvieron que tolerar hambres, descomodidades y peligros; y hubo veces que les tuvieron desnudos y atados á un palo dia y noche, des-

cargando lluvias de azotes sobre sus cansados cuerpos: y teniéndoles ya sentenciados á ser blanco de sus flechas, les libró el Señor por modo desconocido á los que lo depusieron, que fueron los Indios vecinos; pues la humildad de los pacientes ocultaba estos y otros admirables sucesos, con solo decir que padecieron lo que el Señor fue servido. Hubieran sido los trabajos de la hambre mas crueles, si no les hubieran socorrido muchas ocasiones sus caritativos hermanos los hijos de N. P. Santo Domingo; pero otras, padecieron la penuria y otras inhumanas vejaciones, hasta el último grado de la tolerancia. Esta fue la que coronó la divina misericordia, ganando por los auxilios de su gracia, el trofeo de reducirlos á ocho Poblaciones con sus Iglesias, reconciliando con Dios á los Apóstatas con la sacramental y pública penitencia, y sujetando á los Gentiles con el santo Bautismo, y su santa Ley y Doctrina.

Á la sombra de estos frondosos laureles, podian ya los Ministros Evangélicos dar algun descanso á sus trabajosos viages, y refresco á sus continuados sudores; pero era el fue-

go que vivificaba sus espíritus de superior esfera, é infatigable en sus movimientos para quanto conducia á la mayor gloria de Dios y bien de las almas: por eso fueron llamados del Alcalde Mayor de la Ciudad de Coban, auxiliados de otras muy respetables súplicas, para que dirigieran sus pasos y Misiones Apostólicas hácia la ferocísima nacion de los Lacandones. Son estos Indios el escándalo de todas las historias de aquellas Provincias, en que se califican indómitos desde la Conquista de ellas, sanguinarios, ladrones, asesinos, antropófagos, ó que comen carne humana, con otros bárbaros epítetos de su contumacia y rebeldia; y aunque muchas veces ha intentado el zelo de varios Religiosos su reduccion entrando á sus tierras, ni á ellos ni á las Reales armas les han tenido respeto alguno, fiando su contumacia en la ferocidad de su protervia. Para entrar pues, á tan ardua empresa, se les ofrecieron á los Venerables Padres voluntariamente para guias, algunos Indios mansos del Coban, pero con desgraciada correspondencia á la fidelidad debida, como se verá en su mala conducta.

CAPÍTULO IX.

Primera entrada en un Pueblo de Lacandones, y furioso recibimiento que les hicieron.

Conducidos los Venerables Padres por aquellos Indios extraviados, por riscos y malezas, luego que aportaron á sus montañas les preocupó el miedo de que caminaban á su ruina, y un terror pánico de que por llevar á los Padres les habian de quitar cruelmente las vi-

das; y con este pavor dexaron el camino cierto, y les fueron intrincando, extraviados, por riscos y malezas, andando seis meses como errantes por las veras de los rios: y como el equipage provisto para el viage no habia sido mas de un poco de maiz, que desde luego se consumió, quedaron

atenidos, para conservar las vidas, á los palmitos y pacayas del campo, y rara vez algun pezeccillo; y así, era la hambre excesiva y aun extrema, lo que era conforme á los pérfidos designios de aquellos Indios, que diciendo que no sabian el camino, por eso, y por la hambre y debilidad que sentian los Padres, se regresaron á tierra de Christianos; pero viendo invencible su tolerancia, tomaron el pretexto de ir á buscar alimento, para retirarse á sus Pueblos. Ya llegó la penuria á ser tanta, que ni aquellas silvestres comidas se hallaban, y quedaron desamparados en aquellos yermos, y por dos veces permanecieron quarenta dias á la orilla de un rio, sin mas alimento que muy escasas y desconocidas yerbas, que les pusieron tan debilitados, que no podian casi moverse; pero la divina Providencia condujo por allí un Indio, que venia en una canoa á traer hostias, que los Misioneros ó Doctrineros les enviaban á los Peregrinos; y con un poco de maíz que traía, se socorrió aquel último peligro.

Consultaron los Padres nuevas diligencias para proseguir en sus apostólicos designios, y para eso se partió el P. Fr. Antonio en la canoa, y llegando á las milpas de un Cazi que de Coban, halló en él todo lo que deseaban, porque con noble resolucion se determinó con otros ocho á acompañarlos. Volvieron todos en busca del P. Fr. Melchor, y hallándole, con nuevo esfuerzo se aprestaron para el camino. Este no fue muy largo para entrar en el primer Pueblo de los Lacandones; y como estos estaban muy agenos de tal visita, fue grande el espanto que tuvieron viendo en su plaza aquella gente Extranjera: los mas se dieron á la fuga,

pensando eran espías de algunas Esquadras de guerra, y quedando solo las mugeres ancianas, que no pudieron huir, se fueron recobrando del susto, y no viendo mas gentes, ni armas que pudieran causarles daño, se arrojaron sobre los Padres é Indios, con tal enojo, que les rompieron los hábitos, y les dieron muchos golpes y empellones, lo que visto por los fugitivos, se restituyeron todos al Pueblo, y los principales aquietaron el alboroto, mientras los otros se robaron el hato que llevaban, y la caja del ornamento.

El ver que no llevaban armas, y por algunas palabras pacíficas que los Intérpretes sabian de su idioma, les fueron apaciguando, y movieron á los principales á que les dieran hospicio, alguna comida á su usanza, y que les restituyeran el ornamento. Al cargo que les hacian de haberse entrado furtivamente en su Pueblo, satisficieron los Intérpretes, que aquellos Padres eran Sacerdotes de los Christianos, é iban de amigos á proponerles hicieran paces con Dios, con el Rey de España y con los Indios de Coban, con quienes tenian cruel guerra. Mientras que ellos tenian sus juntas y conferencias, hicieron los Padres de su Hospicio, Oratorio, y celebraban en él el santo sacrificio, haciendo tambien en él el de sus vidas, si el darlas por el bien de aquellas almas era de la aceptacion divina. Estaban en aquella casa como prisioneros, y en cinco dias que los tuvieron en ella no les dieron alimento alguno, por lo que la necesidad hubiera sido cuchillo, si no les hubiera socorrido ocultamente una Gentil piadosa. Ya estaban los Indios determinados á quitarles las vidas, celebrando sus bayles, y festejando el

convite en que habian de ser pasto de su brutal apetito. Ponian las manos sobre el pecho, á ver si el corazon se alteraba con el miedo, para darles luego la muerte; y viendo la serenidad de sus intrépidos ánimos, les tenian por mas que hombres. Tocaban los pies del P. Fr. Antonio, y como era mozo y sano, decian: este está bueno; y pasando al P. Fr. Melchor, que era anciano y enfermo, decian: este está podrido; y no pudiendo por ningun modo amedrentarles, mudaron la batería, presentándoles los ídolos para que los adoraran; pero este fue un tiro, que revolviendo á ellos, les causó los asombros del rayo, porque entrando por sus oídos, encendió las minas de sus corazones, y rebentando en llamas por las bocas, los confundieron de forma, que exáltado el Santo Christo, les afearon con libertad apostólica su ignorante barbarie con que daban culto á los Demonios, encerrados en aquellas abominables figuras que ellos mismos se habian fabricado, robando la adoracion debida al Señor Omnipotente, que solo con su palabra habia criado todas las cosas, y á su hijo Jesuchristo, representado en aquella Imágen, que siendo Dios inmortal, se habia hecho Hombre para padecer y morir por la redencion de los hombres; y á cuyo nombre todas las criaturas del Cielo, de la tierra y del Inferno, se postran y adoran confesando que está en la Gloria de Dios su Padre.

Fue el efecto de este estruendoso incendio, el transformar á aquellos Gentiles en retratos vivos de los que con el Centurion vieron en el Calvario á Christo Crucificado; pues como ellos, temieron mucho, y como si estuvieran adormecidos, quedaron pasmados del asombro; por lo que,

tomando la voz de todos, el mas anciano dixo: Aparten esos ídolos, y hagamos experiencia para ver si es verdad lo que decís: vaya uno de vosotros con algunos de los nuestros á Coban, y si nos reciben bien, es señal de que venís de paz y con buen corazon, movidos solamente de la salvacion de nuestras almas, con eso seremos hermanos y Christianos; pero si no, conoceremos que nos engañais. Con gran consuelo oyeron y aceptaron esta propuesta los Venerables Padres: quedó en rehenes el P. Fr. Melchor, y se dispuso á partir con doce de los principales Lacandones el P. Fr. Antonio, y familiarizado con ellos, en el camino no perdía paso, pues en los quince dias del viage les iba catequizando en los principales Misterios, y aficionándoles al Christianismo con la explicacion de sus preceptos.

Con admiraciones y júbilos fue recibido el Padre, y los Indios en Coban se veían como imposible no visto; por lo que todos sus estados se esmeraron en acariciarles, vestirles, y darles las cosas que ellos apetecian. Creía la prudencia humana que en aquellos medios veía ya logrado el fin de la reduccion de aquellas naciones; pero eran muy otros los inexcrutables juicios de la divina Providencia, porque alteradas sus complexionnes, ó por la extremosa variedad de clima, ó por la de los alimentos, fueron enfermando, y murieron algunos, por lo que los otros, asorados del peligro, se salieron con el P. Fr. Antonio; pero sin valerles la fuga, porque en el camino llegaron á diez los muertos, y felices solo los ocho, porque lograron la dicha de morir bautizados; y fue tal la indisposicion de los otros dos, que toda la caridad, des-

velo y zelo del Padre, no pudieron hacerles capaces de recibir el santo Bautismo, lo que le hizo derramar inconsolables lágrimas, no pudiendo remediar la perdicion de sus almas, affligiendo también la suya el considerar las malas consecuencias que en la barbarie é ignorancia de los Indios habian de resultar de muertes tan inopinadas.

Quando ya el P. Fr. Antonio se iba acercando al fin de su jornada, sucedió en el Pueblo, que burlándose los Idólatras de las piadosas exhortaciones del P. Fr. Melchor, en el día que la santa Iglesia venera los Dolores de Maria Santísima, y en que tenia inflamada su alma con la consideracion de la Pasion de su Hijo, encendian los Idólatras, como á las cinco de la tarde, los fuegos para los sacrificios de sus ídolos, con que honraban á los Demonios; y arrebatado de superior impulso y ardentísimo zelo, se fue con una Cruz en la mano para el adoratorio; pero le impidió la entrada con una lanza uno de los Sacerdotes de los ídolos, por lo que en la misma plaza desahogó su zelo, y detestando sus errores, les amenazó de parte de Dios, que irritado de tan execrables pecados, podía castigarles enviando fuego del Cielo. De todo hacian irision los Idólatras, y tomando uno un tizon, le decía: Toma, queima el Pueblo: el Padre le respondió: que él no quemaba casas, pero que Dios podía enviar fuego del Cielo que las abrasara todas en castigo de sus idolatrías y abominables culpas; y retirándose anegado en lágrimas, ellos proseguian en sus bayles y gentílicos desórdenes; pero al anochecer se convirtieron en confusion y horror, porque cayó un globo de fuego, que difundiéndose en torbelli-

nos, encendió todas las casas del Pueblo, no perdonando mas que la en que el Padre estaba, y otras diez á ella vecinas. Enfurecidos aquellos Bárbaros, como poseidos de los Demonios, se arrojaron á vengar en el Padre los estragos de la divina Justicia; pero esta, con oculta fuerza les impedia el intento de quitarle la vida, y sólo les permitió que á empujones le arrojaran al campo, diciéndole que se fuera de sus tierras, lo que hizo, retirándose de allí como una legua.

Antes de amanecer estaba el P. Fr. Antonio, de vuelta de su viaje, no léxos de tan funesto suceso, y los dos Lagandones que quedaron vivos, se adelantaron, segun su costumbre, y al ver las llamas, apresuraron el paso hasta llegar á los suyos, aumentando la turbacion de sus ánimos con la intempestiva noticia de las muertes de sus Compañeros. Todo se convirtió en alaridos, llantos y sentimientos; y quando iba á llegar el P. Fr. Antonio, salieron embijados de carbon, segun estilan en sus duelos, y enfurecidos le decian: que se fuese de su tierra, ó si no, moriria, como le habia sucedido á su Compañero, que tenian ya sepultado: y sin perder su natural inclinacion, robaron algunas hachas, cuchillos y mercerías que llevaba, para los principales, forcejando siempre á que retrocediese, y que no llegara á donde el P. Fr. Melchor estaba, porque querian que de hambre pereciera. Pero revestido aquel Varon apostólico de un invicto ánimo, deseando y suspirando por el martirio, les dixo con resolucion heroica, que habia de ver á su amado Compañero, ó muerto ó vivo, con lo que aterrados de resolucion tan intrépida, se fueron retirando, y el Padre, con

los Indios de Coban, siguió en busca de su Hermano: no estaba muy distante, y hallándole vivo, se estrecharon ambos con recíproco regocijo, alabando al Dios de las misericordias; y en accion de gracias, formaron con ramas un Altar, en que los dos celebraron el sacrosanto sacrificio de la Misa.

Fortalecidos sus espíritus con el Pan de los Cielos, confirieron los sucesos relativos á cada uno, y resolvieron entrar en el Pueblo, para reconvenirles á los principales, con los pactos que ellos mismos se impusieron, y que de su parte veían ya cumplidos; pero á nada les respondian mas, que se salieran de sus tierras, y en tratándose de Dios, y de nuestro Redentor Jesuchristo, blasfemaban diciendo: que el Dios de los Padres, lo fuera para ellos solos, pues era muy bravo, quemando las casas y matando las gentes, que con sus ídolos estaban bien hallados, pues ellos les daban hijos, vida y sustento. Repetian los Padres amorosas y vivas instancias; pero daban sus voces en endurecidos broncees, porque tan obstinados tenian ya los corazones; y solo respondian que se fueran de sus tierras. No se sabe el fundamento que un Escritor de Madrid, sin haber visto aquellos Países, tuvo, para atribuir á algun acaso el incendio que padeció aquel Pueblo; pero el Illmó. Se-

ñor Obispo de Puerto-Rico, que al año siguiente al suceso fue Compañero en aquellas tierras de los Venerables Padres, no dudó referirlo en el Pulpito, y delante de un muy respetable concurso, haciendo el elogio y honras del V. P. Fr. Melchor, y darlo despues impreso, como se ha referido.

Sacramento de la voluntad divina llamó el Apóstol de las gentes á la vocacion de los Gentiles, porque es un arcano y alto misterio que en ella está reservado segun su beneplácito: y aunque está decretada para instaurar todas las cosas en Christo, es segun la dispensacion de la plenitud de los tiempos, que debe arreglarse al órden de los soberanos Decretos. Por eso, aunque los Venerables Padres instaron algunos dias en probar con eficaces modos si la proterva idolatría y contumacia de aquellos infelices pudiera rendirse, viéndoles mas obstinados en ellas, se resolvieron á esperar la hora de Dios; y contentándose con ofrecer á su Magestad el sacrificio de sus vidas, y el martirio de no morir segun sus deseos, con amargas lágrimas se despidieron de aquellas ingratisimas fieras, esperando de la divina Misericordia, que este amoroso riego fecundara aquellos eriales, para que al tiempo de su cultivo rindieran á su Señor dulces y abundantes frutos.

CAPITULO X.

Caminan los Venerables Padres á Guatemala, y fundando en ella un Hospicio de Misioneros, prosiguen en su ministerio.

Experiencia mil veces repetida, y siempre comprobada, ha sido en todos los Países de

América, que los Paganos, y mas si son Idólatras, jamás sujetan la cerviz al yugo de la Ley evangélica, si no